

ROSHANI CHOKSHI

LAS
SERPIENTES
DE PLATA



Dentro del grupo se encuentran su mayor amor, su peor amenaza y su única esperanza.

Séverin y los miembros de su equipo han frustrado con éxito los planes de la Casa Caída, pero la victoria tuvo un coste terrible, uno que todavía los persigue a todos. Desesperado por conseguir la paz, Séverin sigue una peligrosa pista para encontrar un artefacto perdido hace mucho tiempo que se rumorea que otorga a su poseedor el poder de Dios.

Su búsqueda los lleva al helado corazón de Rusia, donde animales de hielo cristalino acechan en mansiones olvidadas, diosas decadentes esconden secretos mortales y una serie de asesinatos sin resolver hace que la tripulación se pregunte si una antigua leyenda es tan solo un mito.

A medida que oscuros secretos salen a la luz y los fantasmas del pasado los alcanzan, el grupo descubrirá nuevas facetas de sí mismos. Y lo que descubran puede llevarlos por caminos que nunca imaginaron.

Una historia de amor y traición mientras en la que la banda arriesga sus vidas en una última aventura.

Índice de contenido

Cubierta

Las serpientes de plata

Prólogo

Parte I

1. Séverin
2. Laila
3. Enrique
4. Zofia
5. Séverin
6. Laila
7. Enrique
8. Séverin
9. Zofia
10. Laila
11. Séverin

Parte II

12. Séverin
13. Enrique
14. Zofia
15. Laila

Parte III

16. Laila
17. Séverin
18. Enrique
19. Zofia
20. Laila
21. Enrique
22. Laila
23. Zofia
24. Séverin

Parte IV

25. Séverin
26. Laila
27. Enrique
28. Zofia
29. Enrique
30. Laila
31. Séverin
32. Zofia
33. Séverin
34. Enrique
35. Laila
36. Séverin

Epílogo

Agradecimientos

Acerca de la autora

Notas

Para Nicolas Cage, la musa que no pedí.

*«¡Oh, Fausto! Deja a un lado ese
condenado libro
y no mires en él, que tentará tu alma
y atraerá sobre tu cabeza la pesada ira de
Dios».*

FAUSTO

PRÓLOGO



Hace trece años...

La matriarca de la Casa Kore se recolocó el regalo de Navidad que llevaba en las manos. Era un teatrillo portátil, lleno de figuritas pintadas con colores vivos y objetos en miniatura: capas, espadas, carruseles chirriantes y hasta unas cortinas de terciopelo controladas por un mecanismo de cuerda. A Séverin le encantaría. Planificó la sorpresa después de llevarlo al teatro, la semana anterior. La mayoría de los niños de seis años habrían mirado el escenario, pero Séverin se pasó todo el rato mirando el público.

–Te estás perdiendo la obra, cariño –le dijo ella.

Séverin la miró con aquellos ojos violetas enormes.

–¿En serio?

Después de eso, lo dejó tranquilo y, al final, este le dijo cómo a la gente le cambiaba la expresión del rostro cuando pasaba algo encima del escenario. Parecía que, a la vez, se hubiera perdido pero hubiera entendido a la perfección la magia del teatro.

La matriarca sonrió para sí mientras subía los escalones de piedra de la mansión de la Casa Vanth desde donde brillaban las luces del Cónclave de invierno que parecían llamarla. Aunque el Cónclave de invierno de este año tendría lugar a la fría sombra de las montañas de los Ródano-Alpes, el itinerario llevaba siglos sin cambiar. Cada Casa de la Orden de Babel llevaría tesoros forjados nuevos y sin

marcar de sus colonias para redistribuirlos en la Subasta de Medianoche. Era una prueba para muchas Casas, y una representación de la riqueza y el imperialismo de su país, si además de llevar sus tesoros compraban otros. Todas las Casas tenían un interés en particular, pero algunas tenían recursos suficientes para diversificar sus intereses.

La Casa Kore tenía predilección por los avances en botánica, pero sus ilustres riquezas y arcas rebosaban tesoros tan variados como idiomas había en el mundo. Otras, como la Casa Dazbog de Rusia, no sacaba bastante rendimiento de sus colonias y solo podía comerciar con secretos y pergamino. Independientemente de las diferencias entre las Casas de la Orden, el objetivo del Cónclave de invierno no cambiaba nunca: renovar su compromiso para salvaguardar la civilización occidental y sus tesoros, mantener a salvo los fragmentos de Babel y conservar de este modo el divino arte del forjado.

Pero por muy noble e idealista que sonara todo, no dejaba de ser una fiesta.

La mansión de la Casa Vanth absorbía la luz invernal y de la chimenea salía un humo que permanecía en el tejado como un gato acurrucado. Casi alcanzaba a notar la fiesta en su interior: los palitos de canela dentro de cálices de vino caliente y especiado, coronas de pino y copos de nieve forjados para que brillaran en el aire cual estrellas... y Séverin. Tan dulce, tan serio, tan observador. El chiquillo que hubiera escogido para sí.

La matriarca se pasó una mano por el vientre plano. En ocasiones, al caminar, le parecía oír el tintineo de las partes huecas de su interior. Pero al bajar la vista, vio su anillo de Babely eso hizo que levantara la barbilla. El poder era pura ironía, pensó. Le habían negado el poder de dar a luz como mujer, pero le habían concedido el poder que debería serle negado por haber nacido mujer. Su familia seguía furiosa por la forma en que se había convertido en la matriarca de la Casa Kore.

Pero no hacía falta que les gustara, solo tenían que obedecer.

A cada lado de la puertas de hierro forjado de la mansión había un pino enorme decorado con velas goteantes. El mayordomo de la Casa Vanth la saludó desde lo alto de las escaleras.

–Bienvenida, *madame*, déjeme que la ayude, por favor... –dijo mientras le cogía el regalo.

–Lleve cuidado con eso –repuso ella con severidad.

Hizo rodar los hombros y, curiosamente, echó de menos notar el peso de la caja que, por un instante, le hizo recordar a Séverin en sus brazos, dormido y tan calentito, cuando lo llevó a su casa después del teatro.

–Disculpe, *madame* –dijo el mayordomo con un deje culpable–. No quiero demorar su fiesta, pero... ella quiere hablar con usted.

Ella.

Oyó el frufú de las hojas del pino que había a su izquierda y apareció una mujer justo detrás.

–Déjenos a solas –le dijo la mujer al mayordomo.

El hombre acató la orden al momento. La matriarca notó una punzada de admiración renuente por aquella mujer que, a pesar de no tener ni poder ni estatus en la Casa Vanth, lo inspiraba igualmente. Lucien Montagnet-Alarie la había traído consigo tras una excursión que había hecho a Argelia a por un artefacto y, a los seis meses, la mujer daba a luz a su hijo, Séverin. I labia muchas mujeres como ella, mujeres a las que llevaban a otro país con el hijo de un hombre blanco en el vientre. No eran ni esposas ni amantes, sino una especie de fantasma exótico que habitaba los márgenes de la sociedad.

Pero la matriarca no había conocido jamás a una mujer con aquellos ojos.

Séverin podía pasar perfectamente por un niño francés, pero sus ojos eran como los de su madre: oscuros y violetas, como el cielo de la noche envuelto en neblina.

La Orden de Babel había ignorado a la mujer con tanto afán como había ignorado a la madre haitiana del heredero de la Casa Nyx... Pero la argelina tenía algo que exigía atención. Tal vez fuera por ese aire de protocolo que se gastaba, con aquellas absurdas túnicas y fulares. O puede que fuera por los rumores que la precedían, vastos como su propia sombra, que decían que tenía poderes que no se parecían a ninguna afinidad forjada. Que el patriarca de la Casa Vanth la había descubierto en una cueva encantada, como un espejismo de ojos oscuros que se le apareció como de la nada.

Que tenía secretos.

—No tiene derecho a acorralarme así —dijo la matriarca. Kahina no le hizo caso.

—Le ha traído algo —le dijo. No era una pregunta.

—¿Y qué si lo he hecho? —le espetó la matriarca.

Sintió una punzada de culpabilidad cuando reparó en la mirada de Kahina: hambrienta. Hambrienta por todo lo que podía hacer la matriarca y que a ella le habían negado. Kahina tuvo el poder de darle a luz, pero no el privilegio de llamarlo hijo suyo.

El poder era irónico.

—¿Por qué ha escogido ese regalo? —le preguntó Kahina.

La pregunta desconcertó a la matriarca. ¿Acaso importaba? Solo pensó que le gustaría. Ya se lo imaginaba arrodillado tras el teatrillo, moviendo las marionetas y mirando el público imaginario, no el escenario de madera. Tenía la habilidad de entender cómo funcionaban y encajaban las cosas. Cómo captar la atención. Tal vez fuera artista de mayor, pensó.

—¿Le quiere? —preguntó Kahina.

—¿Qué...?

—¿Quiere a mi hijo?

«Mi hijo». Aquellas palabras fueron como un bofetón. La matriarca de la Casa Kore podía llevarlo al teatro, col-

marlo de regalos, pero no era suyo. Y aun así, su corazón no parecía darse cuenta.

–Sí –contestó.

Kahina asintió una vez, como si se estuviera armando de valor, y luego dijo:

–Entonces, por favor... prométame que lo protegeré.

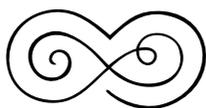


PARTE I

De los archivos secretos de la Orden de Babel
Maestro Boris Goryunov, Casa Dazbog de la
sección rusa
de la Orden 1868, reinado del zar Nicolás II

Tal día como hoy llevé a mis hombres al lago Baikal. Esperamos hasta que anocheció. Mis hombres estaban asustados y hablaban de espíritus inquietos en el agua, pero son unos ingenuos y tal vez se dejaron influir por aquellos que decían haber oído gritar a unas chiquillas. Pudiera ser que algún objeto forjado de la mente hubiera hecho enloquecer a los lugareños, de modo que he estado investigando, pero no he hallado nada. He pedido ayuda a la Orden, pero dudo que encuentren nada. No he oído gritos de mujeres agonizantes, lo que significa que no han existido nunca o que ya no hay nada que pueda hacer por ellas.

1

**Séverin*****Tres semanas antes del Cónclave de invierno...***

Séverin Montagnet-Alarie echó un vistazo a lo que había sido una vez el Jardín de los Siete Pecados. El terreno estaba repleto de plantas poco comunes pero muy deseadas: potos de hojas blancas como la leche, musgo de un color dorado, jacintos de esqueleto y arbustos de floración nocturna. Aun así, eran las rosas las que su hermano, Tristan, más amaba. Fueron las primeras semillas que plantó, y las mimó hasta que maduraron y los pétalos se tornaron rojos y desprendieron un aroma que parecía y olía a pecado derretido.

Ahora, a finales de diciembre, el terreno parecía baldío y estéril. Si respiraba profundamente, el frío le ardía en los pulmones.

Los jardines apenas tenían olor.

Si lo hubiera querido, le habría pedido a su factótum que contratara a un jardinero con afinidad forjada por la materia vegetal, alguien que pudiera mantener el jardín en todo su esplendor, pero él no quería un jardinero. Quería a Tristan.

Sin embargo, Tristan estaba muerto y el Jardín de los Siete Pecados había muerto con él.

En su lugar había cientos de estanques forjados. Sus superficies espejadas reflejaban imágenes de paisajes desérticos o cielos llenos de la luz del atardecer cuando la noche ya había engullido las tierras. Los huéspedes del hotel L'Éden aplaudían su arte, sin saber que era pena, y no arte, lo que había guiado a Séverin. Cuando miraba esos estanques, no quería ver su propio reflejo devolviéndole la mirada.

—*¿Monsieur?*

Séverin se dio la vuelta y vio que uno de sus guardias se le acercaba rápidamente.

—*¿Está listo?* —preguntó Séverin.

—*Sí, monsieur.* Hemos preparado la habitación tal y como nos ha pedido. Su... invitado... está dentro del despacho fuera de los establos, como usted pidió.

—*¿Tenemos té para servir a nuestro huésped?*

—*Oui.*

—*Tres bon.*

Séverin respiró profundamente con la nariz arrugada. Los tallos de las rosas habían sido quemados y arrancados de raíz. Le habían echado sal al terreno. Y aun así, incluso meses después, seguía percibiendo el aroma fantasma de las rosas.



SÉVERIN SE DIRIGIÓ hacia un pequeño edificio cerca de los establos de los caballos. Mientras caminaba, iba tocando la antigua navaja de Tristan, que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Por muchas veces que hubiera lavado el filo, aún imaginaba que podía notar las plumas de pájaro y las astillas de hueso que antaño se habían quedado pegadas al metal, restos de las piezas que había cazado Tristan... prueba de la violencia retorcida que su hermano se había esforzado tanto por esconder.